

Yo voy andando la memoria, que es mi modo de alumbrar

Nicolás Levin

¡Lindo barrio de casas bajas!, dice L. ni bien bajamos del colectivo. El 159 nos deja sobre Brandsen. El destino es Quilmes. El destino es una esquina. El destino es un lugar llamado “Pozo”. Es verdad, pienso. Lindo barrio. Casas bajas, cielo abierto. La arquitectura ostenta una “vieja” modernidad. Los jardines adelante, las fachadas detrás. ¿Son chalets?, pregunto. Supongo, responde L. ¿De dónde vendrá la palabra Chalet?, replica L... las preguntas por el origen siempre rondan nuestras conversaciones. Eso delata nuestra profesión. Caminamos cuatro cuadras. El sol oficia de primera guía en la mañana otoñal. Es un barrio tranquilo aunque circulan muchas personas. A mitad de camino, el Hospital “Dr. Isidoro Iriarte” de Quilmes devela el por qué de tanta congregación.

Pasan varias líneas de colectivo. Rompen la quietud silenciosa del barrio. Antes de llegar a la esquina, un edificio parece que se nos viene encima. Tiene más pisos, más altura, una medianera que deja en evidencia una arquitectura distinta, ¿posterior tal vez?, a la del resto de las casas. La fachada del edificio está también por detrás. Pero, no son jardines los que están por delante. Son rostros en blanco y negro, fotos unidas en un gran cartel de tela. La tela se transparenta. En el detrás se dilucidan balcones. Cruzamos la calle. Debajo de nuestros pies ahora hay pañuelos blancos. Leemos “Memoria, Verdad y Justicia”. Estamos ya en el Sitio para la Memoria ex “Pozo de Quilmes”.

Unos pasos más. Brandsen y Allison. Otra casa con un jardín esquinado. Una escalinata abre el camino hacia el chalet. Este será nuestro punto de encuentro con guías y estudiantes. Son las 9.45 am de un viernes cualquiera de mayo. Algunas personas pasan, se dirigen al hospital. Hay una pendiente pronunciada en esa calle. Un bastón sostiene un cuerpo añoso que intenta subir el cordón de la vereda. El dueño del bastón nos mira, nos pregunta dónde está el hospital, no vaya a ser que todo ese esfuerzo sea en vano. Van llegando. Las guías son tres. Los profes somos dos. Los estudiantes, veintiuno. Aparecen los primeros mates, los relatos sobre el cómo llegaron hasta allí. Las complicidades de la ronda, del espacio abierto sin aula que contenga. Una estudiante, Carmela, llega con su mamá. Soy maestra, nos cuenta. Quise aprovechar la oportunidad para venir a conocer. Siempre vi el lugar desde afuera, porque soy de acá, de Quilmes. Otra estudiante, hila su historia a la de la mamá de Carmela: “yo nací en Paraguay. Ahí, en la Triple Frontera. Viajaba mucho a Posadas. Y siempre pasaba por un lugar que me llamaba la atención”. Tenía un cartel parecido a este “espacio para la memoria” pero nunca supe qué significaba”. El lugar que menciona se conoce como “La casita de los mártires”.

En esta esquina, ahora, confluyen como ríos que bajan al Río de la Plata, las conexiones. Ese lugar, en Posadas, en Misiones, en la frontera con Paraguay, también había sido un Centro Clandestino de Detención, como el que están mirando sus ojos, como el que está frente a ella.

¿Cuándo empieza la experiencia de una visita a un espacio de memoria? ¿En la invitación a venir? ¿En el aula? ¿Es afuera? ¿Es adentro? ¿Es recorriendo el lugar y sus pasillos? ¿Empieza en las paredes? ¿En las historias de vida? ¿En 1975? ¿En 2017? ¿Dónde empiezo a ver? ¿Qué empiezo a ver? ¿Qué siento? ¿Qué no quiero sentir? ¿Qué no puedo sentir? ¿Cuándo pasó todo esto? ¿Por qué pasó todo esto? ¿Cuántas personas pasaron por acá? ¿Quiénes eran? ¿Por qué en este barrio?

Las guías, comienzan el recorrido con la palabra. Nos brindan datos. Infaltables. La historia de la casa de la esquina. Nos confirman la suposición: el edificio contiguo es una construcción posterior. No parece pero por dentro están unidos. Se puede ir de uno a otro. Como

de lo legal a lo clandestino. De lo visible a lo invisible. La escala del relato se amplía al barrio, al partido. Al Quilmes fabril. A la Latinoamérica del Plan Cóndor. Luego nos piden que cerremos los ojos. Escuchen atentamente, dicen. En la escalinata del chalet, todos cumplimos la consigna. La propuesta invierte la lógica habitual de un testimonio: no se trata de ver para creer, sino de no ver para comprender. Y así nos propone descifrar algo que es fundamental: la idea de lo clandestino que se revela así como una de las más terribles arquitecturas: la que se construye para mimetizarse, para camuflarse incluso a plena luz del día en un barrio que tiene su propio movimiento. Una certeza invade el aire. El horror puede habitar la cotidianeidad, el día soleado, la rutina del bondi que pasa, el canto de los pajaritos. Puede convivir con el almacenero, el señor que camina con bastón, el hospital, la vereda; todo es parte del paisaje.

Ahora, con los ojos abiertos y el alma callada, nos dirigimos hacia el edificio de la calle Allison, el edificio en el que funcionó el Centro Clandestino. Ingresamos por el garage de la planta baja. Es inmediato el traspaso. Ahora hay frío, ahora hay humedad, ahora hay ausencia de luz. Al frente, las fotos de los desaparecidos. Al costado, cuelgan pañuelos pintados y frases con caligrafía infantil: “soy libre, nací en un pueblo charrúa”. Sutilmente, van apareciendo las manos levantadas, las preguntas. También algunas frases que ya escuchamos en otras visitas a espacios de memoria: “por favor, no se apoyen en las paredes. Son prueba judicial”. Las paredes hablan. ¿Qué más hablará?

Nos dirigimos hacia la planta alta del Sitio. “Es cómo un laberinto”, dice un estudiante. Y es así: el lugar parece pequeño desde afuera pero adentro tiene una confusa geometría que nos hace perder la noción del espacio. Subimos escaleras, las bajamos. Recorremos pasillos. Nos adentramos en las celdas, salimos. Respiramos el olor hediondo del encierro. Miramos desde abajo algunos pedazos de cielo recortado entre los barrotes. Leemos los tiempos superpuestos en las marcas de las paredes. Un cartel impreso en computadora sobrevive el paso del tiempo: “elementos prohibidos: frutas de todo tipo, perfumes, desodorantes en aerosol; café; dulce de membrillo”.

Este lugar fue un Centro Clandestino de Detención entre 1975 y 1979. Pero también fue hasta hace algunos pocos años la comisaría del barrio. Dicen las guías que los vecinos cuentan que acudían a hacer trámites. Algunos estudiantes asienten con la cabeza. Las guías, son tres, van señalando cada espacio mientras explican el funcionamiento de la maquinaria represiva: las salas de interrogatorio, de tortura, los pasillos, las celdas en cuyo interior además de contar todo aquello sucedido durante la última Dictadura Cívico Militar, cuentan las historias de aquellos presos que hasta 2017 estuvieron ahí.

“Necesito salir, me siento mal”, dice Camila, de repente, con un tono urgente pero contenido, como si intentara sostenerse por dentro. Es una estudiante de apenas 20 años. “Te acompaño, salgamos con cuidado... la escalera está empinada”. Trato de transmitir algo de calma. Nadie entiende exactamente qué le pasa, pero todos, de alguna manera, intuimos algo. Quizás porque, en distinta medida, todos estamos atravesados por algo parecido. Algo difícil de nombrar. Una sensación en el cuerpo muy presente. Descendemos rápido, casi sin hablarnos. Salimos al exterior junto con Marta, la encargada del lugar, una mujer cálida. Ella trabaja allí todos los días. Salimos. Nos sentamos en las escaleras de cemento de la casa de al lado. El sol nos envuelve. “La vecina es una divina”, dice Marta. El calor se siente como un abrazo áspero, especialmente para Camila, que intenta recomponerse y al mismo tiempo parece más frágil bajo esa luz. Con voz baja, como si no quisiera que la oyeran ni los pájaros, nos dice que algo le había pasado en uno de los pasillos. Camila es joven, muy joven y su rostro muestra señales de cansancio. Tiene dos hijos pequeños, no tiene trabajo en este momento y estudia kinesiología.

Sus ojos bien claros tienen ese brillo opaco de quien carga con más de lo que puede. Marta intenta alivianar la escena. Comienza a hablarnos del barrio, de su rutina, anécdotas sin importancia. Es clara la intención de ocupar el silencio y distraer un poco a Camila. Busca un vaso de agua. Yo, mientras tanto, le ofrezco unas barritas de cereal. Pienso que fue una baja de presión, una dolencia corporal pasajera. Pero ninguna de esas cosas al parecer es correcta. Camila saca de su mochila un analgésico: “es para evitar el dolor de cabeza, me agarra cada tanto”, murmura. Apenas termina de decirlo, una lágrima rueda por su mejilla, silenciosa, como si hubiera estado esperando su turno. Le alcanzo un pañuelo y le digo, con la mayor delicadeza posible: “¿Estás bien? No hace falta que me cuentes nada si no querés... pero si te sirve, estoy acá. Lo que vos necesites”. Entonces habla. Cuenta entre pausas, entre nudos en la garganta. La escucho, sin interrumpirla pero mientras eso sucede, me pregunto una y otra vez: ¿por qué justo acá? ¿Qué tiene este lugar, estos pasillos, este tiempo compartido, que permiten que algo se rompa y, al mismo tiempo, algo se libere?

Pasan varios minutos, Camila me propone volver. Es insistente. Le digo que no es necesario, que podemos esperar a que termine la visita. No acepta: ingresamos de nuevo y reencontramos al grupo en una de las plantas. Escuchamos una canción conocida que alguien está cantando: “perdida en las cerrazones quién sabe vidita por dónde andaré”. Retazos de estrofas llegan por algún lado. ¿La conoces?, le pregunto a Camila. No, pero me suena, me responde en un susurro que no quiere tapar lo que llega desde adentro. Las guías cuentan que desde esta celda ubicada en una de las plantas, las presas comunes le cantaban *Lunita Tucumana* a los niños. Sí, niños, refuerza G. Eran de Tucumán. Su mamá pertenecía al ERP. Habían sido secuestrados junto a ella antes de subir al avión que los dirigía al exilio. Ella está desaparecida. Los trajeron al Pozo a todos. Las presas comunes de las celdas de abajo les cantaban la *Lunita* para que pudieran dormir. Abajo, arriba. Adentro, afuera. La luna, el sol. Donde las voces cantan, unas cintas de colores con porciones de la letra de Atahualpa, cuelgan de los barrotes. “Yo voy andando y cantando, que es mi modo de alumbrar”, se sigue escuchando y la melodía sigue. Una estudiante llora. Abraza a Lucía, una de las guías. “Soy mamá”, le dice. El recorrido sigue su andar laberíntico.

Las guías narran otras historias de vida mientras describen las funciones de cada espacio. Conviven los testimonios y las huellas. El presente y los pasados. La esquina de Allison y Brandsen. Pienso en el hospital. En los pajaritos. En los bondis. En el bastón. En el otoño. En las veredas. Indicios de aquella geografía de la superficie que apenas puede ser vista desde un pozo.